

Los partes meteorológicos y científicos dan cuenta de los valores de ciertas variables de la atmósfera terrestre, cual los de temperatura, presión, humedad...

El parte meteorológico corriente —que hasta los periódicos insertan— se reduce a valores de temperatura, para consuelo o desconsuelo de los lectores.

«Parte psicológico de la atmósfera social de nuestros días» fuera el subtítulo que hubiese debido llevar el título de «Desgana y malhumor». Tal subtítulo es demasiado retencioso para título.

Desgana-gana,

Malhumor-buena gracia

Son las variables psicológicas o metafóricas correspondientes a las físicas de presión y temperatura.

La escala física reparte los valores de las variables respecto de cero —por más o por menos.

La escala de los valores «desgana-gana» pudiera, sin pedantería, graduarse así:

Gana - veleidad - arbitrariedad - voluntad - pereza - dejadez - desidia - *desgana*.

Grados de tensión o distensión de la voluntad.

Buena gracia - buenos modales - salero - grosería - arrogancia - ceñudez - *malhumor*.

Grados de delicadeza o rudeza del trato sentimental.

Apliquemos tales simbólicos, o metafóricos, termómetro y barómetro a la atmósfera social de nuestros días.

Gana ¿de qué o de quiénes?

¿De qué? Gana de mandar, de riquezas, de dinero, de placeres, de figurar, de hablar, de mangonear, de discutir...

Algo bien diverso, y aun contrap esto, a «voluntad» —que es decisión firme, constante, programada— de gobernar, de empresa, de trabajar... de estudiar...

Entre voluntad y gana, cual valores extremos, caen veleidades, caprichos, arbitrariedades.

Ganas de mandar, lo son ¿de quiénes? —de mandones, de mandamases. *Voluntad* de mandar la tienen las «autoridades», los «gobernantes» según ley, que es programa de vida pública.

Veleidades, caprichitos de mandar los tienen caciques, jefecillos, liderzuelos, señoritingos, cabecillas, patotas...

La *voluntad* de mandar está acechada y constantemente tentada por las *ganas* de mandar; por la mandonería o comandancia, y por la *desgana* —cansancio, desilusión, cobardía... «delicias del poder». Y tentada por la arbitrariedad, que la ley es freno legítimo de la voluntad; mas es freno de potencia de las *ganas* de mandar.

La voluntad viene a la realidad, mana de la naturaleza del hombre, bajo la forma de «gana» —de mi gana, de mi real gana, de mi divina gana, de mi santísima gana.

Gana es el peligro intrínseco, connato, de voluntad. De ella se genera, y por ella degenera.

«Parte psicológico» de la atmósfera gubernamental de nuestros días. ¿Las *ganas* de mandar? ¿Las *ganas* desafortunadas, descomunales, irreprimibles de mandar; de trocar. e las autoridades en mandamases, dictadores, tiranos, Imanes, Rey de Reyes, Caudillos...? ¿Las *ganas* de terminar con Gobernantes, Presidentes, Reyes, Parlamentarios... asesinando la Constitución para poder mandar sin frenos?

Kant definía lo que es ser Dios —y ¿a quién no le entran *ganas*, o voluntad, de ejercitar la potencia lógica de «definir» ensayándola sobre lo Máximo?— diciendo: Dios es la única persona que sólo tiene derechos sobre todos y sobre todo lo de todos; y no tiene obligaciones para con nadie ni en nada.

Así lo dice en *Opus posthumum*: en papeletas en que Kant apuntaba detalles de su vida privada y daba rienda suelta a sus ocurrencias y atisbos científicos y filosóficos y consignaba sentencias de escritores que despertaron su curiosidad o sugerentes sorpresas.

Pues bien: los Mandones o Mandamases —de grado real «comandante»— se tienen real y efectivamente por dioses. No tienen más que derechos sobre todos y sobre todo lo de todos. Y ninguna obligación hacia nadie ni en nada. Si algo conceden es por modo de gracia, de don, de regalo, —y a los amigos, conmitones, adulantes, familiares... es decir: mediatamente a sí mismos.

Mandonería en acto, o en tentación, es el grado que registra el barómetro «psicológico» de nuestros días: la presión.

Tentación no consentida en casos rarísimos y, por ello, honrosísimos.

Tentación reforzada y disimuladamente justificada por la *desgana* de los subordinados, ciudadanos, súbditos, empleados, fieles, partidarios, estudiantes, trabajadores... de asumir y cumplir con sus obligaciones: de trabajar, estudiar, obedecer las leyes... *Desgana* que degenera, casi naturalmente, en desidia, dejadez, pereza... vacaciones, licencias, permisos, excusas...: relajo.

Diosecillos también que se creen tener derecho a todo, y ninguna obligación.

Total que entre diosecillos-mandones y diosecillos mandados —que constituyen la suma de la sociedad— la atmósfera psicológica es la de «*desgana*» respecto de la ley. O de «arbitrariedad» pública y privada.

Mi real gana; mi santísima gana; mi divina *gana*.

Apliquemos tales simbólicos, o metafóricos, termómetro y barómetro a la atmósfera social de nuestros días.

I

Gana ¿de qué o de quiénes?

¿De qué? Gana de mandar, de riquezas, de dinero, de placeres, de figurar, de hablar, de mangonear, de discutir...

Algo bien diverso, y aun contrapuesto, a «voluntad» —que es decisión firme, constante, programada— de gobernar, de empresa, de trabajar... de estudiar...

Entre voluntad y gana, cual valores extremos, caen veleidades, caprichos, arbitrariedades.

Ganas de mandar, lo son ¿de quiénes? —de mandones, de mandamases. *Voluntad* de mandar la tienen las «autoridades», los «gobernantes» según ley, que es programa de vida pública.

Veleidades, caprichitos de mandar los tienen caciques, jefecillos, liderzuelos, señoritingos, cabecillas, patotas...

La *voluntad* de mandar está acechada y constantemente tentada por las *ganas* de mandar; por la mandonería o comandancia, y por la *desgana* —cansancio, desilusión, cobardía... «delicias del poder». Y tentada por la arbitrariedad, que la ley es freno legítimo de la voluntad; mas es freno de potencia de las *ganas* de mandar.

La voluntad viene a la realidad, mana de la naturaleza del hombre, bajo la forma de «gana» —de mi gana, de mi real gana, de mi divina gana, de mi santísima gana.

Gana es el peligro intrínseco, connato, de voluntad. De ella se genera, y por ella degenera.

«Parte psicológico» de la atmósfera gubernamental de nuestros días. ¿Las *ganas* de mandar? ¿Las *ganas* desaforadas, descomunales, irreprimibles de mandar; dentroarse las autoridades en mandamases, dictadores, tiranos, Imanes, Rey de Reyes, Caudillos...? ¿Las *ganas* de terminar con Gobernantes, Presidentes, Reyes, Parlamentarios... desafiándolos si resisten y a desvirtuando la Constitución para poder mandar sin frenos?

Kant definía lo que es ser Dios —y ¿a quién no le entran ganas, o voluntad, de ejercitar la potencia lógica de «definir» ensayándola sobre lo Máximo?— diciendo: Dios es la única persona que sólo tiene derechos sobre todos y sobre todo lo de todos; y no tiene obligaciones para con nadie ni en nada.

Así lo dice en *Opus posthumum*: en papeletas en que Kant apuntaba detalles de su vida privada y daba rienda suelta a sus ocurrencias y atisbos científicos y filosóficos y consignaba sentencias de escritores que despertaron su curiosidad o sugerentes sorpresas.

Pues bien: los Mandones o Mandamases —de grado real «comandante»— se tienen real y efectivamente por dioses. No tienen más que derechos sobre todos y sobre todo lo de todos. Y ninguna obligación hacia nadie ni en nada. Si algo conceden es por modo de gracia, de don, de regalo, —y a los amigos, conmillones, adulantes, familiares... es decir: mediatamente a sí mismos.

Mandonería en acto, o en tentación, es el grado que registra el barómetro «psicológico» de nuestros días: la presión.

Tentación no consentida en casos rarísimos y, por ello, honrosísimos.

Tentación reforzada y disimuladamente justificada por la *desgana* de los subordinados, ciudadanos, súbditos, empleados, fieles, partidarios, estudiantes, trabajadores... de asumir y cumplir con sus obligaciones: de trabajar, estudiar, obedecer las leyes... Desgana que degenera, casi naturalmente, en desidia, dejadez, pereza... vacaciones, licencias, permisos, excusas...: relajo.

Diosecillos también que se creen tener derecho a todo, y ninguna obligación.

To que entre diosecillos-mandones y diosecillos mandados —que constituyen la sustrato de la sociedad— la atmósfera psicológica es la de «desgana» respecto de la ley. O de «arbitrariedad» pública y privada.

Mi real gana; mi santísima gana; mi divina *gana*.

II

El termómetro psicológico delata los grados de delicadeza o rudeza del trato sentimental.

En tiempos de los Reyes absolutos, de algunos de ellos, los bufones eran toda una institución cortesana. Elegidos por los Reyes, terminaban los Reyes mismos por no aguantarlos, apenas les cantaban indirecta, sutil, graciosamente, alguna verdad.

El malhumor, o la proclividad constante hacia él, es la tonalidad de Mandamases. Hipersensibilidad enfermiza hacia críticas, bromas, desaires, indiferencia, omisiones, ausencias... libertad de prensa, de opinión. Hipersensibilidad morbosa respecto de adulaciones, reverencias, ceremonial, protocolo.

Las dos hipersensibilidades son, en el fondo, y resuenan a, malhumor. Y el malhumor de Mandamases se manifiesta, potencia y agrava con su ceñudez, su arrogancia, sus groserías, privadas, nacionales e internacionales.

¿De qué mandamases —reyes o no, tiranos, dictadores, dictadorzuelos, caciques, jefecillos... — se pueden contar buenas gracias, buenos modales, y *salero*? ¿Cuántas, cuáles, cuál?

Pero exactamente lo mismo, y desgraciadamente, hay que decir —o notar lo que señala el termómetro psicológico— de subordinados *desganados*: empleados, burócratas, oficinistas, obreros, estudiantes... El Malhumor; los malos modales, adustez, groserías... en el tono de trato —de diosecillos, a tono con Diosecillos.

De nuevo: aparte de excepciones raras y, por ello, honorables. Mayores en número en diosecillos que en Diosecillos. Sea dicho con justicia y verdad estadísticas.

III

Hasta nuestro siglo —acéptese sin pedanterías históricas— el universo estaba regido —se creía que estaba— por leyes necesarias —físicas, matemáticas, lógicas, psicológicas,

sociales, religiosas... Las excepciones eran o milagros o dispensas. No entraban de componentes de la misma ley. Las excepciones confirmaban la regla —se decía y creía. Confirmaban la ley superior o suprema: ésta ya sin excepciones: la ley divina. El milagro no destruía la ley; simplemente la suspendía, pues estaba condicionada a ley y voluntad superiores; y en su misma formulación, en caso de hacerse íntegramente, constaba la condicional: “si Dios quiere...”. Leyes con reserva de dominio divino.

En nuestro siglo —simplificando la cronología— las leyes estadísticas, mejor: las del cálculo de probabilidades que son la dinámica de las estadísticas, han resultado las básicas del fondo del universo: las de protones, electrones, fotones... moléculas, genética —y hasta de la economía: ¿De qué viven y prosperan las compañías de seguros?

Pues bien: las leyes estadísticas incluyen en su misma formulación y fórmulas las llamadas o tenidas por excepciones, milagros, monstruos. Determinan una mayoría, creciente hacia preponderante, rodeada de dos minorías: dominio de las excepciones por más o por menos respecto del carácter de la mayoría.

Son leyes «respetuosas» —disimúlese benévolamente los calificativos hacia los (pocos) sobresalientes, y «compasivas» para con los (pocos) deficientes. Mas «justas» hacia la mayoría.

El humor y la gana se hallan repartidos, en nuestros días —señalemos fechas: desde el año 50 al 80—, estadísticamente.

La mayoría de los 5.000.000.000 de humanos está casi siempre en mayoría de casos y actos, en tentación y potencia propicia de malhumor y desgana; y están en acto caídos y recaídos en ellas: malhumorados y desganaos.

Los pocos sobresalientes se sienten de continuo tentados de desgana y malhumor. Y saben lo que les cuesta estar, a pesar de todos los pesares, de buena gracia, de buenos modales y hasta con *salero*.

Los pocos deficientes o infranormales descendieron ya y se acomodaron a groserías y pereza.

«Más se oye uno que grita que cien que allan» —nos advierte sabio refrán popular.

A un informal —en política, religión, arte, ciencia, economía— que grite, y es su manera infranormal de hablar, se lo oye más que a miles y millones de normales que callan, y callar *suele ser* una de las maneras urbanas y un poco perezosa de hablar de los normales.

Callar, no suele ser, es la manera de hablar los sobresalientes, los eminentes, los sabios.

En verso famoso decía de sí Quevedo:

«Soy un *fue*, y un *será*, y un *es cansado*».

La tonalidad de la mayoría, en nuestra época, es la de cansado. Somos unos desganados y malhumorados.

Que la mayoría de la humanidad lo haya sido o estado en el pasado, en el *fue*, asunto es de la historia psicológica de los templos de la humanidad.

A sus *ochenta y un* años, el autor tiene razón y causa más que suficientes para estar, y ser, un cansado. Y excusarse de hacer de altavoz de historias de la humanidad.

Lo de «*será*» resérvese para los jóvenes que, para ellos, sería una vergüenza y una desvergüencería estar, ya, desganados y malhumorados.